

Pablo Alabarces

**DE LA CLANDESTINIDAD  
A LA INTERVENCIÓN PÚBLICA:  
AVATARES DE UN CAMPO\***

Realmente es muy gratificante prolongar este diálogo que tenemos con tantos compañeros y compañeras desde hace muchos años, en este caso en Chile. Colegas que además insisten en pensar estas cuestiones desde una perspectiva latinoamericana: el hecho de que estemos hoy acá colegas de Argentina, Uruguay, Brasil, México, Colombia, Perú, Ecuador, junto a los hermanos chilenos, no puede ser menos que motivo de una gran satisfacción.

Estoy siguiendo una buena cantidad de notas que he venido tomando en los últimos días, y a pesar de que la propuesta de esta parte del seminario era centrar nuestras exposiciones sobre los fenómenos de violencia en el fútbol en el continente, voy a dedicar solo una parte de esta conferencia al tópico, sobre el que, además, ya he escrito demasiado.

Quería comenzar de otra manera. Cuando estuve en 2005 en Iquique invitado por Bernardo Guerrero, al igual que cuando estuve en Valparaíso en 2011, invitado por Rodrigo Soto Lagos, entre otros, en ambos momentos había puesto bastante el acento en el balance: en la idea de cómo era que en el continente se habían comenzado a

\* Conferencia inaugural ante el Seminario Internacional de Estudios Sociales del Deporte: Impacto de los Mega Eventos Deportivos y sus Desafíos para las Políticas Públicas

hacer estudios sobre deporte. Y a partir de ahora también señalo que esos estudios en general tendieron a ser sobre fútbol; la futbolización de nuestro continente es algo bien sabido pero no creo que sea bueno, creo que en este momento estoy más pesimista y escéptico, y por ende creo que a todo lo que se futboliza le va mal. Nuestros estudios sociales del deporte han tendido o han tendido a ser especialmente futboleros, lo que creo que es una lástima. Creo que es mucho lo que se pierde centrándose solo en el fútbol. Por eso, sigo leyendo con mucha simpatía los pertinaces estudios históricos de Bernardo Guerrero sobre Iquique y el peso más de sus boxeadores que de sus futbolistas; o las tentativas de Verónica Moreira por incursionar sobre el boxeo, aunque por otro lado el fútbol la tironea siempre para no salirse. Esto es algo que también vamos a discutir; en general, nos hemos dedicado a hacer estudios sobre fútbol, pero eso tiene que ver con condiciones del campo del deporte en América Latina en donde casi todo es fútbol. Inclusive, la fundación del campo se debió a ciertos antropólogos que comenzaron estudiando el fútbol.

No creo que sea una afirmación excesiva decir que “somos todos hijos de Archetti” y cuando no somos hijos de Archetti, somos hijos de Da Matta. Y para que no parezca una provocación para hablar de matrimonios igualitarios y descendencias homo parentales, también la tenemos a Simoni Lahud Guedes, por suerte. Nuestra ascendencia no es solo masculina. Pero la fundación de los estudios sociales del deporte fue una fundación fundamentalmente “futbolera”...y luego de esa fundación, a comienzos de los años 80’, a partir de ese trabajo señero debido a la compilación de Roberto Da Matta que fue *O Universo do futebol*. Creo que hay otro hito, que tiene que ver con la construcción que hizo CLACSO en 1998 del Grupo de Trabajo Deporte y Sociedad, que coordiné hasta su disolución, en 2002; y las publicaciones del Grupo, los libros *Peligro de Gol*, en 2000, y *Futbologías*, en 2004, fueron claves en la expansión latinoamericana del campo de estudios.

Si tomamos esas fechas como iniciales de la explosión de estos estudios sociales del deporte en América Latina, es bueno preguntarnos, diecisiete años más tarde: ¿cómo estamos? Estamos más viejos, estamos presumiblemente más gordos, estamos indescriptiblemente mucho más canosos que hace diecisiete años; y no sé si necesariamente estamos más sabios que hace diecisiete años, y este es el punto en el que me quiero detener... ¿Qué es lo que aprendimos en estos casi 20 años de estudios del deporte en América Latina? Más que lo que aprendimos: ¿qué hicimos? O mejor aún: ¿qué aprendimos a hacer?

Creo que este encuentro es una muestra de algo que aprendimos a hacer muy bien que es instalarnos institucionalmente. Recuerdo

que en el año 2000 había escrito una especie de síntesis del campo, en la que usaba la palabra *clandestinidad*. Decía: hay trabajos, pero son trabajos clandestinos. Están esparcidos a lo largo del continente, pero ninguno tiene reconocimiento e inscripción institucional. Salvo el caso brasileño, que por la veteranía de sus posgraduaciones, el hecho de hubieran producido una importante cantidad de tesis de posgraduación y, con eso, una buena cantidad de publicaciones, en el resto del continente no había reconocimiento institucional para estos estudios. Creo que lo que más aprendimos a hacer fue entonces a construir una visibilidad institucional para nuestros estudios, repartida a lo largo y ancho del continente. Nuevamente el centro es Brasil, que siempre tiene algo que enseñarnos... aunque: me cuenta mi querida amiga Heloisa Reis cuando veníamos para aquí, que la ANPOCS, la Asociación Nacional de Programas de Posgraduación en Ciencias Sociales brasileña, este año canceló su viejo grupo de estudios en deporte y sociedad. Grupo en el cual, recuerdo, en 2002 debatimos con Archetti, Da Matta y Simoni Guedes. Hay un dicho español pero lo podemos adaptar, que dice algo así como: “cuando veas las barbas de un brasileño afeitarse, pon las tuyas a remojar”... que esta asociación ya no tenga un grupo de trabajo sobre deporte y sociedad no sino puede ser un signo de preocupación.

En torno a una centralidad brasileña, una centralidad además profundamente generosa y dialoguista con los colegas de todo el continente, se han constituido grupos, más o menos estables, más o menos ricos, en los países más importantes del continente: en el caso argentino, hemos alcanzado alcanzar el décimo doctor en temas vinculados con el deporte. En el caso colombiano, está presente David Quitián, que podría historizar este proceso que da a lugar a una asociación nacional como es ASCIENDE; en el caso mexicano, se le puede preguntar a Samuel Martínez cómo ellos también han constituido una red estable de estudios sobre deporte; en el caso chileno, lo estamos demostrando aquí mismo y hemos hablado de distintas instancias; el caso uruguayo sigue siendo más debido a casos solitarios, aunque ya se ha constituido un grupo de trabajo en deporte y sociedad; en el caso peruano, está Aldo Panfichi que puede contar mejor su historia: sigue siendo un núcleo pequeño construido en torno a su figura pero que se ha expandido, está constituido; en el caso ecuatoriano está aquí Fernando Carrión, que es el gran operador de los estudios sobre estos procesos y, además, un gran productor de publicaciones (creo que pocos acá conocen sus hermosos 5 tomos dedicados al fútbol ecuatoriano).

Y bien: hay mucho hecho. Por eso creo que lo que más aprendimos fue a hacer institución, esto es, a conseguir ese reconocimiento

institucional que se nos retaceaba hace diecisiete años. A esta altura, por supuesto que todavía tenemos muchas deudas pendientes, todavía tenemos que conseguir mucha más posgraduación, tenemos que conseguir muchos más posgraduados, especialmente; tenemos que conseguir más financiamiento de nuestras instituciones financiadoras. Pero ya tenemos, insisto, ese reconocimiento institucional y científico en casi todo el continente. La pelea por la legitimidad está ganada. Este campo ya está reconocido; este seminario es una prueba de ello, la colaboración conjunta de tres universidades, más el estado chileno; si a eso no se le llama reconocimiento no sé a que podríamos llamarlo.

Pero nuestro reconocimiento institucional no significa (nuevamente) que seamos más sabios, insisto si más viejos, pero no necesariamente más sabios.

¿Qué es lo que aprendimos como científicos? ¿Qué conocimiento agregamos, que es aquello por lo que nos pagan? Ésa es la pregunta central que quiero hacerme. Creo que aprendimos bastantes cosas, creo que aportamos bastantes cosas y creo que producimos bastantes cosas; pero quizás hemos sido muy limitados en torno a fundamentalmente dos problemas, dos casos o dos fenómenos que, quizás, nos han ocupado más tiempo de lo necesario. Uno ha sido el fenómeno de la *identidad*, que a esta altura es ya casi una vulgata; esta idea de que el deporte en general y el fútbol en particular, es uno de los mejores proveedores de narrativas identitarias a lo largo y a lo ancho del continente; desde el nivel micro del territorio pequeño, al nivel macro del estado nación. Y sobre este tópico no hemos sabido construir narrativas regionales: el hecho de que la mejor delantera de todos los tiempos del fútbol internacional esté integrada por un brasileño, un argentino y un uruguayo merecería más festejo, merecería más atención y, sin embargo, ni siquiera la prensa lo destaca, porque parece estar limitada a las narrativas nacionalistas. En torno a la identidad quizás hasta hemos hecho de más; hemos contribuido a crear cierta narrativa mediática, un tanto convencional y hasta de sentido común, según la cual “el fútbol refleja la identidad”. Y ese enunciado es absolutamente pre-científico; la identidad no es un reflejo, la identidad es una construcción y una narrativa. Y sin embargo, hay publicidades que trabajan sobre esta idea de la identidad como articulada en torno al deporte.

Veamos por ejemplo estos dos spots de la Copa del Mundo de 2014. El primero es del Banco de Chile, el comercial “Mineros” (disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=tmLmWiqSVS8>). El segundo, de YPF, la petrolera argentina, es el comercial “Orgullosos” (disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=HfZChZ28Ki8>).

Hay más similitudes que diferencias entre esos dos spots. Los dos, obviamente, pertenecen a la serie de publicidades de la Copa del Mundo de 2014, en un caso chileno y en el otro caso argentino. Es muy llamativo que el tono dominante sea la arenga; esta invocación a los jugadores y a las poblaciones y a los pueblos, en términos de “el deber de buscar una gloria”. Esa voz que en el comercial argentino dice “a la gloria no se le espera, se la busca, se la conquista”, suena, incluso, espantosamente militar.

En estas relaciones entre identidades nacionales y deporte, por supuesto, el uso de mecanismos metonímicos es fácil de describir; pero es algo sobre lo que no podemos dejar de alertar: esta idea de que la identidad, esta categoría central en nuestros trabajos de los últimos años, puede convertirse también en mercancía. No es simplemente un hallazgo socio-antropológico sino que puede tratarse de un hallazgo de marketing y de una herramienta de mercadotecnia.

Por otro lado, el otro eje que ha ocupado muchísimo tiempo es el tema de la violencia. Quizás la violencia se nos ha impuesto como tema; es el hecho de que la violencia es casi una experiencia cotidiana en nuestros estadios, con mucho mayor fuerza en la Argentina que en el resto del continente; las cifras de episodios de violencia y de muertos en Argentina siguen siendo absolutamente estremecedoras y cada vez que hay una pequeña disminución aparece un Boca-River en escena, para recordarnos que no todo está perdido y que todo puede empeorar. Es un fenómeno muy expandido en todo el continente. Siempre insisto con que personalmente el tema no me interesaba en especial hasta que, a fines de los 90', empezó a circular la idea de que si había un grupo que hacía sociología del deporte, no tenía más remedio que dar respuesta al fenómeno de la violencia; y así fuimos empujados a trabajar sobre eso. Creo que en ese sentido hemos conseguido cosas. Creo que como comunidad latinoamericana hemos participado de la difusión de un saber colectivo, que ha contribuido definitivamente a establecer que la violencia es antes que nada una lucha de significados y no una pelea de cuerpos y que, entonces, los problemas de violencia se entienden como luchas de significados antes que como lucha de cuerpos. Y sin embargo, tenemos una difícil relación con las políticas estatales concretas. Creo que el único caso que podemos mencionar, que debemos mencionar, como un caso distinto, como un caso innovador, como una especie de “mosca blanca” en un escenario realmente preocupante, es el caso colombiano. Sobre el que no tengo el conocimiento minucioso y detallado pero por lo que he podido conocer, es un fenómeno innovador: he estado en un seminario organizado por la policía nacional de Colombia, donde la propia policía se jactaba de haber producido políticas de diálogos,

políticas de acuerdo, políticas de consenso con el mundo de las hinchas. Esto señala que ahí hay una política completamente novedosa. Por otro lado, no me canso de repetirlo, hay que ver los efectos a diez años, y no a diez meses.

En el resto del continente en tanto, así como hemos sido “exitosos” en el sentido de producir conocimiento, hemos tenido un fracaso estruendoso y calamitoso en el sentido de producir una relación con las políticas estatales. Salvo Colombia, nuevamente. Una alternativa podría ser el caso brasileño pero Heloísa Reis después nos contará lo pesimista que está al respecto de cómo ese diálogo entre saber científico y la actividad estatal ha vuelto a interrumpirse a partir de toda una serie de consideraciones políticas. Esto tiene que ver con lo que, posiblemente, en parte es un mérito, en parte un fracaso. El mérito consiste en que hemos sido científicos, y ser científico es que no podemos participar del sentido común; y que cada vez que los medios, la política, el mundo de la voz cotidiana insiste en que “la culpa de la violencia es de los violentos”, nosotros no podemos menos que estremecernos y decir “esto no es así”, que tenemos pruebas científicas de que el problema de la violencia no es un problema de “violentos” sino un conflicto de lucha de significados –estoy reduciendo a un eslogan algo que es mucho más complejo; permítanme, en honor a la brevedad, hacer abuso de la frase-. En ese sentido hemos sido exitosos; creo que hemos establecido un buen saber respecto de lo que es realmente la violencia, no de lo que imaginariamente, míticamente, cotidiana o periodísticamente es la violencia en el deporte.

Pero al mismo tiempo, hemos fracasado. Quizás por cierto dejo pesimista que me ha dominado en los últimos tiempos, voy a insistir el resto de la conversación sobre esta cuestión del fracaso. Hemos fracasado si entendemos que nuestra responsabilidad como científicos latinoamericanos, además, en la mayoría de los casos, pagados por salarios estatales o sea, pagados por el dinero del pueblo, no hemos sabido convencer sobre la validez de estos saberes y la posible pertinencia de la política que podemos sugerir.

Tenemos muchas cosas para reivindicar: tenemos para reivindicar un gran corpus bibliográfico. En el año 2002 podíamos jactarnos de que en una biblioteca pequeña estaba toda nuestra producción, más aún: en un estante. Nuestra bibliografía cabía toda en un archivo. Hoy nuestra bibliografía excede nuestra capacidad de archivo. Podemos reivindicar haber forjado herramientas críticas para las ciencias sociales, como la categoría de *aguante*; podemos reivindicar que hemos sido interdisciplinarios, realmente, no imaginariamente. Hemos fundado una sociología del deporte casi sin sociólogos, por ejemplo. Se habla de sociología del deporte y casi no hay sociólogos

dando vueltas por aquí. En cambio la hemos construido con sociólogos, antropólogos, historiadores, comunicólogos, profesores de educación física, filósofos, psicólogos. Esto es: hemos construido saber interdisciplinario más allá de las reivindicaciones interdisciplinarias, lo hemos hecho *de facto*. Hemos conseguido legitimidad académica y hasta inclusive hemos avanzado en la legitimidad social: nuestras voces son reclamadas, nuestras intervenciones periodísticas son habituales. Creo que –esta es una ocurrencia en el momento– los ejemplos de David Quitián o de Fernando Carrión, con intervenciones periodísticas más consistentes, más sistemáticas, muy elaboradas, son buenas direcciones para nuestras prácticas. Es decir: que no esperemos el reclamo periodístico sino que nosotros nos sumemos como productores de discursos que circulan por los medios; ésta es una deuda que podríamos cumplir.

Pero (y retomo el pesimismo), en el 2011, haciendo un nuevo balance del campo, afirmé: “en la agenda, hay cosas que nos faltan”. No hemos trabajado economía política del deporte; desde que lo dije hasta hoy hay una sola novedad, y es una compilación reciente que hizo Fernando Carrión en una revista ecuatoriana, donde pidió colaboración a varios colegas de América Latina. Es lo único que se ha hecho sobre economía política del deporte. Alguien recordaba, cuando cae la cúpula política de la FIFA, que estamos hablando de la quinta empresa de mayor facturación del mundo. El fútbol es el quinto rubro de mayor facturación del mundo, lo que lo coloca como primer rubro de la industria cultural global. En América Latina esa posición, esa importancia es también innegable y, sin embargo, no hemos sabido producir trabajos sistemáticos desde una economía política del deporte. Nos falta trabajo sobre medios: desde que lo afirmé, desde entonces hasta hoy, no hemos tenido gran cosa de trabajo sobre medios. Nos falta trabajo sobre política; y en estos años apenas apareció lo que Simoni Guedes escribió sobre las movilizaciones del 2013 en Brasil. Pasó el caso brasileño: es decir, las movilizaciones antes de la Copa, luego el fin de las movilizaciones antes de la Copa y luego la reelección de Dilma Rousseff a pesar de la Copa, y sin embargo no hemos visto una sola línea sobre las relaciones entre deporte y política que excedan el campo de lo mítico, esta idea común de que “el fútbol determina el resultado político” cuando todos sabemos que eso es falso. Y sin embargo, no hemos vuelto a trabajar sobre eso.

Un colega italiano, Luca Bifulco, en un número especial de la revista *Problemi dell'informazione*, recuerda que hace ya mucho tiempo, desde hace 20 años, está establecido que en torno del deporte se ha establecido lo que hemos llamado en la bibliografía el *sport-media complex*: la alianza entre deporte, medios de comunicación y

marcas. Esto ha sido debatido y modificado; un gran investigador británico como David Rowe ha señalado que se trata de un complejo entre medios, deporte y cultura (*media-sports-cultural complex*); Joseph Maguire, por su parte, uno de los fundadores de la sociología del deporte británica, sostiene que se trata de un complejo entre medios, deporte y producción (*media-sport-production complex*). Bifulco acota (antes de la caída de la cúpula de la FIFA) que más bien se trataría de un complejo entre deporte, medios de comunicación y poder (*sport-media-power complex*); en el poder está la FIFA, claro que sí, pero también están las organizaciones regionales, también están las organizaciones nacionales y también están los poderes políticos nacionales. En nuestro caso particular, todos sabemos que la caída de la cúpula de la FIFA también arrastra de manera preferencial a los poderes latinoamericanos: arrastra a la Conmebol, a las organizaciones nacionales. De pronto, sorpresivamente, los argentinos hemos descubierto que Julio Grondona, el eterno presidente de la AFA hasta su muerte en 2014, era corrupto, por ejemplo.

Dice Bifulco que en esto se combina toda una serie de factores que todos conocemos y que sin embargo, no hemos trabajado adecuadamente. Lo que se combina en este complejo esm y paso a listar:

- a. El interés mediático en los eventos, porque los eventos deportivos facturan una enorme cantidad de publicidad a partir de una enorme cantidad de audiencia;
- b. La transformación de las Copas del Mundo, y de ahí para abajo, en los eventos regionales y globales más importantes (no creo que la final de la Copa América vaya a ser vista por 3000 millones de teleespectadores pero va a ser vista por muchísima gente en toda América Latina);
- c. La capacidad de los medios y sus lenguajes para alimentar la dramaturgia y el espectáculo del juego;
- d. El flujo económico garantizado de las grandes corporaciones atraídas por el público global; donde hay semejante cantidad de público regional o global, las grandes corporaciones van a poner a circular su dinero en términos de publicidad y sponsoreo;
- e. En último término, señala Bifulco, la cultura del consumo asociada al deporte y a la centralidad, a la nueva centralidad diría yo, del hincha-espectador-consumidor. No estamos frente al mismo hincha de siempre. El hincha se presenta como “eterno”; y en eso los argentinos tenemos una categoría espantosa, “el folcklore”, la idea que toda práctica hinchística



es folklórica, con lo cual se le intenta colocar en un mundo fuera del tiempo, en un mundo de pura anacronía cuando, en realidad, las prácticas de los hinchas no hacen otra cosa que modificarse y cambiar invocando eternidad, pero cambiando todo el tiempo. En ese sentido, han adquirido en los últimos años una centralidad como nunca la habían tenido en la historia del espectáculo futbolístico.

Estamos frente a enormes problemas, estos que acabo de mencionar, que no los hemos trabajado. Que siguen siendo enormes zonas de vacancia, en nuestras agencias de investigación.

Permítanme quedarme en particular con esta cuestión de los medios. Dos textos recientes, dos textos del 16 de junio de 2015, en dos sitios web chilenos. Uno en el sitio *El mostrador.cl*, en el cual el eminente pensador contemporáneo Hermógenes Pérez de Arce afirma que no ha habido violencia ni habrá en los estadios chilenos gracias a que el precio de las entradas limitan el acceso al estadio solo a los sectores más pudientes de la sociedad; entonces, concluye que, como se trata de gente “educada”, no va a haber rechiflas a los himnos, no va a haber agresiones a los jugadores que cobren un tiro de esquina, no va a haber agresiones a los árbitros... “Es gente educada”, afirma, y luego sigue con una serie de consideraciones que son muy irritantes para mí y entiendo que muy irritantes para toda la sociedad chilena, como por ejemplo que esto es producto de la educación privada religiosa de aquellos que la pudieron pagar y que “este es el Chile que todos queremos pero este Chile va a ser derrotado por el Chile que tenemos”. No voy a recomendar la lectura porque supongo que, para el público local, recomendar la lectura de Hermógenes Pérez de Arce es, por lo menos, una provocación. Alternativamente, Eduardo Santa Cruz, el mismo día, en el sitio *eldesconcierto.cl*, recuerda que una entrada a galería cuesta 23 mil pesos, que son alrededor de 35 dólares, lo cual es un dinero importante acá y en cualquier lugar de América Latina. El querido Eduardo usa una expresión que a mí me pareció deliciosa: “la privatización del fútbol ha expulsado a la señora que vendía sándwiches de jamón con palta”. Entonces, Eduardo centra en esta figura, de esta viejita expulsada del estadio, lo que es un proceso de darwinismo social y económico realmente devastador. Simplemente, se está expulsando a los públicos populares del estadio. Santa Cruz, por supuesto, no saca las mismas conclusiones que el colega Pérez de Arce; sus conclusiones son exactamente las contrarias, frente al mismo dato sociológico. El precio de las entradas produce un proceso de expulsión económica, pero las conclusiones son obviamente distintas. En el caso de Santa Cruz, nos habla de la necesidad de

re-democratizar el fútbol e inclusive habla de la posibilidad de re-nacionalizar el fútbol; y esto me parece interesante.

Muy recientemente, el colega inglés David Goldblatt publica en *The Guardian*, el periódico británico, un manifiesto que titula *This Is Our Game*: “Este es nuestro juego”. Goldblatt, que es sociólogo y que ha escrito de modo muy riguroso y muy talentoso sobre el fútbol británico, se reivindica también como un hincha: por eso dice *este es nuestro juego*. Es un juego del cual hemos sido objeto de un largo, concienzudo y exitosísimo proceso de expropiación, afirma Goldblatt. Se pregunta en un momento, y es una pregunta que los latinoamericanos podemos retomar sin ningún tipo de dificultades: “¿hay alguna otra esfera de la cultura popular donde se dramaticen de forma tan consistente los tópicos de género, etnicidad y clase social?”. Dice Goldblatt: “el fútbol es parte de una cultura compartida, un fantástico legado de más de 100 años de juego; un poderoso repositorio de identidades y gestos de solidaridad; el fútbol es antes que nada un capital cultural simbólico, no es un negocio”. Pero además, acota con sutileza, ni siquiera es un negocio para muchos de los empresarios que intervienen; la mayoría, sino todos los clubes británicos, van a pérdida. El negocio está en otro lado. Los que ganan con el fútbol están paradójicamente fuera del fútbol: ganan los jugadores, ganan los técnicos, por supuesto que sí, y son parte del fútbol; pero ganan fundamentalmente los empresarios mediáticos, las grandes corporaciones, los que trabajan en sponsoreo, en *merchandising*, etcétera. Los clubes van a pérdida; y los hinchas, van mucho más a pérdida. Continúa diciendo: “el fútbol es una cultura popular que se gesta de manera colectiva y por ende, su modelo de propiedad y regulación debe reflejar esta condición”. Y entonces, acota un dato más o menos obvio, y es que la gobernanza (una traducción espantosa) del fútbol es cada vez menos democrática: nunca lo fue demasiado, pero cada vez lo es menos. Si los clubes como organismos de la sociedad civil tenían dificultades en su representación democrática, eran mucho más democráticos que los clubes como sociedades privadas. Pero de ahí, desde el esquema del club, hasta llegar a la FIFA, lo que hay son continuas pérdidas de democraticidad en esas gobernanzas hasta llegar a la FIFA.

Entonces, el autor propone una serie de reclamos. Hay uno que suena provocativo para las perspectivas latinoamericanas sobre los fenómenos de violencia: Goldblatt reivindica que se autorice en el fútbol británico el *safe standing*, el “estar parado seguro”. ¿Qué quiero decir con esto? Esto ya existe en Alemania: los alemanes ya han vuelto a poner en las cabeceras público de a pie. En los propios estadios de la Copa del Mundo del 2006 que, por regla de la FIFA, tenían que tener asientos, son asientos que se rebaten; lo que permite que los viejos

públicos populares de las cabeceras de los estadios permanezcan de pie. Es una vieja reivindicación de los hinchas. Porque un juego se ve de pie. Especialmente los juegos como los que vamos a ver el sábado. ¿Ustedes se imaginan ver una final de la Copa América entre Chile y Argentina sentados? Es imposible. El fútbol se ve de pie. También se puede ver sentado, por supuesto que sí; pero esa reivindicación popular de la fiesta del fútbol, “this is our game”, incluye el “quiero ver esto parado”. Digo esto porque, en América Latina, sabemos que, en el tema de la violencia, el mito más productivo es “Hagamos como los ingleses”, y lo primero que se nos ocurre es “deben estar todos sentados”. Como si sentar a la gente fuera la garantía para evitar la violencia. En realidad, se trata meramente de un gesto disciplinario que permite captar a todos los asistentes con las camaritas de seguridad. Entonces, esa reivindicación de estar de pie, seguros y confortables para disfrutar un partido, contribuye a escapar del modelo disciplinario.

En segundo lugar (entre otros), Goldblatt reclama una mayor participación en los órganos de gobierno futbolísticos, en el caso de ellos la Football Association (FA), y eso es algo que en América Latina es una deuda inmensa. No hay un solo país en nuestro continente que tenga algún tipo de representación popular, aunque sea de los hinchas asociados a los clubes, que participe en el gobierno del fútbol. Y no sería demasiado pedir, como hace Goldblatt; aunque, en el caso británico, tienen la ventaja de que están constituidos como federación. Esto permitiría una representación democrática de los hinchas en la gobernanza del fútbol.

En último lugar, entre los que he seleccionado, está la idea de que la enorme cantidad de dinero que genera el fútbol, especialmente de derechos televisivos y apuestas, debe ir para el fútbol. Pero, muy especialmente, para las zonas “débiles” del fútbol: por ejemplo, el fútbol de base o el fútbol femenino. En Inglaterra –no estoy hablando ni de Perú, ni de Ecuador, ni de Paraguay–, la mayoría de los predios donde se juega fútbol de modo popular no tienen vestuario femenino. Lo que afirma enfática y explícitamente que las mujeres son expulsadas de esa práctica. Entonces, la idea de que parte del flujo de dinero fuera al fútbol popular, al fútbol de base, al fútbol femenino, a las comunidades, es una reivindicación absolutamente compartible.

¿Y entonces, qué podemos hacer? Ser muy consciente de nuestras responsabilidades; y aquí no es *nosotros* como público, no es *nosotros* como hinchas; porque estoy hablando en una universidad, no estoy hablando en la comisión de cultura de mi club en Buenos Aires. Estoy hablando en una universidad. Entonces, nuestra responsabilidad es como universitarios, científicos sociales, intelectuales que, por un lado,

debemos perseverar en producir saberes y conocimientos fuera del sentido común, que no pueden partir del sentido común. Que tienen que designar al sentido común como un mito. Nuestro saber no puede participar de un presunto sentido común en el que, por ejemplo, los problemas de la violencia se resuelven con la expulsión de los violentos; sino que ese sentido común debe ser un punto de partida para desmontarlo de su condición mítica, mítica en el sentido de Barthes, un lenguaje que encubre antes que lo que presenta o aclara. No estoy hablando de un sentido común en un sentido gramsciano, entendido como un saber popular, como argucia del débil, táctica del pobre. No. Estoy pensando en los sentidos comunes instituidos como explicaciones hegemónicas del mundo, de la sociedad, de la cultura. El fútbol es un territorio especialmente predilecto para el emporio y el reinado del sentido común. Por eso, nuestra responsabilidad obvia, pero que no por obvia debemos dejar de recordarla, es que nuestro saber debe producirse fuera del sentido común. Que nosotros compartimos un privilegio y una responsabilidad; el privilegio de entender el sentido común como tal y la responsabilidad de denunciarlo y combatirlo.

Pero eso que está en la base de nuestros imperativos como intelectuales y como académicos –insisto en recordarlo porque no debemos darlo por supuesto– es algo que debería complementarse con la posibilidad de pronunciarnos como comunidad científica. Las posibilidades son muy variadas. Las intervenciones constantes de David Quitián o Fernando Carrión en la prensa; o el hecho de intervenir cada vez que se nos reclama, como expertos o como gente más o menos simpática con la condición del doctorado, el sociólogo, el antropólogo, el intelectual. Claro que está la posibilidad de la intervención pública, de la intervención letrada en el debate público; pero hasta qué punto no podríamos pensar en otro tipo de intervención más consistente, más sistemática, más organizada. Comencé celebrando casi veinte años de trabajo, que nos han permitido la posibilidad de hasta inclusive tener una sociedad científica: tenemos una Asociación Latinoamericana de Estudios Sociales del Deporte que, sin embargo, no ha producido una sola declaración pública sobre esta relación entre deporte, democratización y poderes regionales. Tendríamos que tener la posibilidad de ser más rápidos, más eficaces. Voy a contar una anécdota cercana y personal. Me encontré con un colega en una conferencia hace tres semanas en Puerto Rico, al día siguiente de que estalló el escándalo de la FIFA; y el colega me recibe con una gran sonrisa diciendo “es el día más feliz de mi vida”. Fue el día más feliz de muchos de nosotros que no descubrimos la corrupción de las instituciones gubernamentales y políticas de la gobernanza del fútbol en las últimas tres semanas, sino que lo sabemos hace muchísimo

tiempo. Y sin embargo, en tanto que comunidad científica, si es que podemos celebrarnos como comunidad científica, no hemos tenido una voz que intervenga, no hemos tenido una voz que pueda intervenir en el reclamo, un manifiesto “*alla Goldblatt*”, algo que diga que este no es nuestro juego pero sabemos y queremos defender a esas comunidades a las que este juego fue expropiado y tomado como mercancía y objeto de poder.

Ezequiel Fernández Moores, uno de los mejores periodistas deportivos argentinos contemporáneos, en el diario *La Nación*, hace pocos días, trabaja el caso chileno y su relación entre poder político y medios; y nombra a un sujeto que los colegas y amigos locales deben conocer, Cristián Varela. Cristián Varela es el dueño de Chilefilm, empresa que el estado privatiza con el pinochetismo y que luego se transforma en una de las que participa en los derechos de televisación del fútbol chileno; a la vez, fue incorporado a la comisión de finanzas de la Conmebol; a la vez, preside el comité organizador del Mundial sub 17 que se va a realizar en Chile próximamente; a la vez, es vicepresidente de la ANFP; a la vez, es miembro del comité disciplinario de la FIFA. Todas esas ocupaciones también le permiten ser miembro de la directiva del Colo Colo y también socio de Alejandro Burzaco en la televisación de la Copa América. El nombre de Burzaco es quizás más extraño, más cercano a los argentinos: Burzaco hoy está preso, gracias a que se está demostrando que no hacía otra cosa que corromper, manejar dineros clandestinos relativos a los derechos de televisación. Frente a este tipo de sujetos, de situaciones que, además, muestran la convergencia que mencionaba antes entre deportes-medios-política y poder, vuelvo a insistir: ¿Cuál es nuestra responsabilidad? ¿Qué es lo que podemos decir? ¿Qué es lo que debemos decir? ¿Qué es lo que nos permitiríamos decir? Respecto de la violencia, objeto central de este Seminario, pero también respecto de los medios, respecto de la economía, respecto de la política. Respecto, siempre, del poder y de lo democrático en el fútbol latinoamericano.

Me hubiera encantado, si el tiempo me lo hubiera permitido, haber venido con un manifiesto redactado, una suerte de manifiesto, donde nosotros, los sociólogos, antropólogos, comunicólogos de América Latina, reclamamos un fútbol popular y democrático. Lamentablemente, lo único que puedo proponer es el título: “*Por un fútbol popular y democrático en América Latina*”. Su redacción quedará para otro momento.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Alabarces, P., Di Giano, R. y Frydenberg, J., editores.: *Deporte y Sociedad*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

- Alabarces, Pablo (compilador): *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO-ASDI, colección Grupos de Trabajo, 2000.
- Alabarces, Pablo (compilador): *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO/ASDI, colección Grupos de Trabajo, 2003.
- Alabarces, Pablo y otros: *Hinchadas*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005.
- Alabarces, Pablo: *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*, Cuarta edición corregida y aumentada. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008.
- Alabarces, Pablo: “Vinte anos de ciências sociais e esportes, dez anos depois”, en *Antropolítica: Revista Contemporânea de Antropologia*, n. 31, 2012, pp. 17-30.
- Alabarces, Pablo: *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*, nueva edición corregida y ampliada, Buenos Aires, Capital Intelectual, Colección Claves del Siglo XXI, 2012.
- Alabarces, Pablo: *Héroes, machos y patriotas. El fútbol entre la violencia y los medios*, Buenos Aires, Aguilar, 2014.
- Alabarces, Pablo (en colaboración con Carolina Duek): “Football for Everyone? Soccer, Television, and Politics in Argentina”, en Scherer, Jay and David Rowe (eds.): *Signal Lost? Sport, Public Broadcasting and Cultural Citizenship*, London: Routledge, 2014.
- Branz, Juan; José Garriga Zucal y Verónica Moreira (comps.): *Deporte y ciencias sociales: claves para pensar las sociedades contemporáneas*, La Plata: EDULP, 2014.
- Garriga Zucal, José (ed.): *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*, Buenos Aires: Ediciones Godot (Colección crítica), 2013.
- Martínez, Samuel (Coordinador): *Fútbol-espectáculo, Cultura y Sociedad*, México DF: Afínita Editorial y Universidad Iberoamericana, 2010.
- Quitián Roldán, David (editor): *Estudios socioculturales del deporte. Desarrollos, tránsitos y miradas*. Bogotá: Kinesis, 2012.
- Quitián Roldán, David y otros (comps.): *Naciones en campo. Fútbol, identidades y nacionalismos en América Latina*, Bogotá: Kinesis, 2014.
- Vergara Constenla, Carlos y Eric Valenzuela Martínez (comps.): *Todo es cancha: análisis y perspectivas socioculturales del fútbol latinoamericano*, Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2014.